

cadadas que se avicinaban á la vista casi de la Asamblea por los muelles, al Hotel de Ville por la isla, y por el barrio de San Antonio á los boulevares, puesto que la puerta misma de San Dionisio pertenecía á los sublevados. Ocho ó diez generales fueron inmolados; de los movilizados murieron ciento, de las tropas ochocientos, de la Guardia nacional y del pueblo innumerables. Los prisioneros llegaron á doce mil, y de los heridos murieron en tanto número, que la fama creyó, aunque sin razon, emponzoñadas las balas. Los cuarteles, las cárceles, los edificios públicos reboaban de presos; los hospitales de heridos; los sepultureros apilaban en montones los cadáveres por no tener fuerzas ni tiempo bastantes á darles prontamente tierra. Con estos horrores se sumaron los horrores de la deportacion. Tras aquella formidable batalla vino la dictadura militar, tras la dictadura militar el Imperio bonapartista, como consecuencias indeclinables del socialismo: que las leyes de la inflexible lógica rigen lo mismo en la pura conciencia de nuestra alma que en el manchado espacio de nuestra sociedad.

El corolario de las escuelas socialistas se encuentran en el comunismo. Nada de derechos naturales, nada de libertad individual, nada de competencia; por toda imprenta el periódico oficial; por todo pensamiento la censura previa; por toda reunion las Asambleas soberanas; por toda familia la comunidad; por toda religion la que designe un Concilio nacido de la conciencia pública, llamado á someter voluntades é inteligencias al yugo de una sola fé; en la cima de la sociedad un poder fortísimo que designa á cada cual su trabajo y recoge los productos y los distribuye entre los ciudadanos, educados, vestidos, alimentados, divertidos, inspirados, distribuidos, segun minuciosas leyes, y reglamentos prolijos, verdaderas máquinas, que so pretexto de cumplir y hacer cumplir la justicia, destruyen lo mas esencial á la justicia, aquellos principios sin los cuales ni ley moral queda sobre la

tierra, los principios de la libertad y de la responsabilidad en el hombre, el resorte de todas las acciones, la esencia de nuestra naturaleza. Así es que, en realidad, todas las escuelas socialistas se resuelven al cabo en aquella ciudad llamada Icaria, medio cuartel, medio convento, medio taller, inspirada en la utopia de Tomas Moro, y venida á demostrar que todas las escuelas socialistas se resuelven, sean cuales fueran sus ideas, en el bárbaro comunismo.

¡Qué sociedad! Habeis destruido el interés personal creyendo destruir la raiz de todo egoismo, y habeis destruido el aguijon que mueve á todas las grandes acciones. Ya no hay miseria porque el Estado ocurre al mal, pero tampoco hay en el corazon humano la caridad, que muere por inútil; tampoco hay virtudes cívicas ni heroismo, que desaparecen dentro de la nueva mecánica; tampoco hay incentivos para allegar bienes con el fin de socorrer á los necesitados, porque la fria providencia de un Estado omnipotente y panteista, ha igualado á todos los hombres en una felicidad que bien pronto degenera en el embrutecimiento universal. Sociedad sin tormentos, sin dolores, sin vigiliass, pero tambien sin progresos; porque ó habia de estancarse y podrirse en su inmovilidad sensualista, ó habia de brotar la individualidad con su oposicion, con su protesta, con su sed de nuevas ideas, con sus tendencias al mejoramiento, con su ódio al yugo de la costumbre y la rutina. Porque, despues de todo, dais vueltas en torno de un fin, la felicidad humana, y para procurarla, solo sabeis erigir dos principios que serian nuestra eterna desgracia; arriba un despotismo oriental, y abajo toda esclavitud. Y no habiendo necesidades individuales, no habrá esfuerzo por satisfacerlas, no habrá trabajo. Y no habiendo concurrencia, no habrá emulacion. Y se concluirán las artes y la industria, que buscan la vida en gloriosísimo certámen. Y en el reposo, y en la igualdad impuesta y forzo-

sa, morirá el mal, pero ¡ah! morirá tambien la naturaleza humana, que al cabo de algun tiempo se habrá enterrado, como la Edad Media, en el sepulcro de un claustro: que no otra cosa es sino vida claustral, monástica, contraria á toda independencia personal, la vida del comunismo.

Ya en los antiguos tiempos, con esa finura de crítica y esa fuerza de analisis que le distinguen y enaltecen, Aristóteles señaló todos los vicios del comunismo, estudiando la mayor y la más espléndida de las concepciones comunistas, la República de Platon. Aristóteles distingue y separa lo que en cada ciudad, en cada Estado debe ser comun entre todos los ciudadanos, y aquello que debe ser de la familia ó del individuo, pues hay muchos elementos que solo pueden vivir por el carácter individualista de nuestra naturaleza. El Estado, por ejemplo, debe pertenecer á todos los ciudadanos, porque el Estado es la unidad comun á todos ellos, como es la atmósfera el laboratorio de la vida universal. Pero la comunidad no puede extenderse, como quiere Platon, á los hijos, á las mujeres, á los bienes. Si se extendiera á todo esto, perderia el Estado su carácter, ya no seria ni ciudad, ni familia, ni asociacion de ciudades y familias, sino un solo individuo, olvidando su ley natural, que es la reciprocidad y la diversidad en la unidad, y la igualdad, la relacion natural entre individuos libres é iguales: que si todos no pueden compartir el poder á un tiempo, deben todos tener la facultad de compartirlo y de pasar por él, merced á la movilidad de los cargos públicos y de la pública autoridad, á fin de que sepan todos mandar y obedecer á un mismo tiempo.

Pero de esta unidad al comunismo absorbente y panteista, media una distancia insalvable. Desde el momento en que todas las propiedades sean comunes, nadie se cuidará de su progreso y de su cultivo. En los puntos de interés, entra por mucho para la débil naturaleza humana el móvil de la utilidad personal.

Decid que los hijos son comunes, y os sucederá lo mismo. Nadie querrá ser padre de los feos, de los necios, de los perezosos; y al ver pasar un niño listo y hermosísimo, dirán todos á una: ese, ese es hijo mio. Así nadie tendrá padre, ni nadie hijos. El amor á la familia se habrá extinguido, y con el amor á la familia uno de los más poderosos y permanentes incentivos al bien. Y este sentimiento es tan natural é invencible, que en los pueblos donde existía la comunidad de mujeres, imaginaba cada cual encontrar sus hijos en aquellos niños que más se le parecian; y el sentimiento ahogado por los artificios de la sociedad, resucitaba á los gritos de la naturaleza. Y el amor, ó no es nada, ó es un mero instinto de la carne, un mero hervor de la sangre, ó es el impulso incontrastable á fundirnos é identificarnos con el objeto amado. Pero ¿qué fusion ni qué identificacion caben desde el punto en que el amor se convierte en el ayuntamiento momentáneo de los cuerpos por la interposicion del Estado, que obliga á la comunidad de mujeres y á la comunidad de hijos? Los sentimientos más dulces y más avasalladores de nuestra naturaleza, vienen á ser con el comunismo incompatibles, y por tanto, es el comunismo de todo punto irrealizable, de todo punto imposible. Así raciocinaba Aristóteles.

La propiedad no puede pertenecer al comun de todos los ciudadanos, sin riesgo de convertirse en desierto para todos, segun el filósofo. Nadie tiene tanto interés como el propietario en la explotacion de su campo; nadie tanta inteligencia en la distribucion de sus frutos. Luego el instinto de la propiedad es tan fuerte é invencible como el más fuerte y el más invencible de los humanos sentimientos. Y la propiedad, que pertenece á todos, no pertenece en realidad á nadie. El amor á la propiedad, siendo natural como todas las inclinaciones del hombre, puede tener sus excesos, como el deseo de lucro natural para el comercio y el trabajo, tiene el

exceso de la avaricia; como el amor de sí, natural para la vida, tiene el exceso del egoísmo.

Los comunistas dicen que la propiedad individual es semillero de ódios entre los ciudadanos y de pleitos en sus tribunales; pero los propietarios en comun de cualquier género de bienes, tienen los mismos ódios y entablan los mismos pleitos. El error de los comunistas dimana de la demasiada extensión que dan al principio de unidad en la vida, olvidando el principio de variedad. Es cierto que el Estado debe ser unidad, que debe ser unidad la familia; pero en ninguna manera unidad absoluta. Cuando el Estado cae en la unidad absoluta, se halla muy próximo á desaparecer por falta de variedad, esencial á su composición. Intentar un Estado con solo el principio de unidad, es como intentar el acorde con un solo sonido, el ritmo con una sola cadencia. La unidad y la variedad; la sociedad y el individuo, son dos términos precisos; y el principio comunista no podrá destruirlos. Por eso la teoría de Platon, en lo social, tiende á restaurar las castas, muertas, extintas en la cultura de Occidente mientras en lo político tiende á una verdadera oligarquía; lo mismo, exactamente lo mismo que las modernas escuelas socialistas.

Así es que el socialismo, despues de haber tenido en el mundo de la libertad ese antiguo origen y haber pasado por diversas transformaciones, se descomponia en nuestro tiempo. Vanamente había intentado Pedro Leroux dar al socialismo un carácter religioso y humanitario, sellando su obra con el sello de una vida pura é inmaculada. La triada es, según él, la organización natural de la sociedad, especie de cábala, semejante á las cábalas de la Edad Media. El hombre es sensación, sentimiento, inteligencia; los principios fundamentales Dios, humanidad, igualdad; las clases sabios, artistas, industriales; la mejor sociedad aquella que organice el trabajo dentro de estos principios, y funde talle-

res trinitarios que constituyan una nueva y más sólida autoridad. El misticismo era el fondo comun de las escuelas socialistas. Y en efecto, solo el milagro podría transformar la sociedad como pretendia trasformarla el socialismo. La sustancia de todas estas teorías, es pues, sustancia esencialmente panteísta, porque así como el panteísmo es la absorción del hombre en Dios, el socialismo es la absorción del ciudadano en el Estado.

En cuanto, al contacto de las ideas de nuestros tiempos, apareciera en el socialismo un pensador bastante audaz para ser racionalista y no místico, para buscar las leyes naturales de la sociedad y no las leyes artificiosas del propio pensamiento, estaba muerto y concluido el socialismo, muerto por la más destructora de todas las fuerzas, muerto por interior descomposición. Y este pensador, campesino por su origen, obrero por su estado; hijo de la naturaleza antes que hijo de la sociedad por su educación; escritor y polemista por sus vocaciones; fuerte en su temperamento y robusto en su conciencia como los habitantes del Franco-Condado á que pertenecía; pastor en sus primeros años, con lo cual recibió de los campos, como Virgilio, algo de su inagotable ternura; cajista más tarde, y cajista compositor de libros teológicos, en cuyas páginas y galeradas tomó algo de la argumentación escolástica; siempre con la pena y el trabajo de hoy sobre sus hercúleos hombros y la incertidumbre y la duda del mañana en su tempestuosa alma; henchido el corazón de las cóleras y de los dolores de su clase, henchida la cabeza de los ensueños y de las ficciones con que habían querido tantos pensadores redimirla; poseedor sin embargo de la realidad como Aristóteles; irónico, y sarcástico y desconfiado de la excesiva fé como Voltaire; con toda la escala de la elocuencia humana en su pluma, que, ora agitaba como el manojo de rayos de un artista olímpico, ora esgrimía como el puñal ó la navaja de un obrero ébrio; en la miseria,

robando al trabajo tiempo y fuerza, y consagrándose á leer todos los autores y á criticarlos; enemigo del comunismo y proponiendo soluciones comunistas; enemigo del socialismo y contado entre los que más miedo habían puesto en la sociedad con sus utopías socialistas; enemigo de la democracia y acompañándola en sus infortunios y acompañándola en su destierro; necesitado para llamar la atención sobre su oscuridad, desasiéndose de todos los partidos, á maldecir con ruidosa maldición todas las revoluciones y seguirles hasta en sus extravíos; neo-hegelianos y neo-kantista á un mismo tiempo; ya materialista ó ya idealista; hoy entre los partidarios de la escuela economista y mañana entre sus contradictores; con una metafísica incierta pero con una lógica aceradísima y una crítica incontrastable; resumiendo sus ideas sobre la apropiación y la posesión, á veces vulgares y corrientes, en el grito, la propiedad es un robo, y sus teorías sobre la reducción del Estado á sus verdaderos límites y la extensión de la actividad individual á todas sus esferas en la apoteosis de la anarquía; despues de haber renunciado á toda idea trascendental para que los resplandores del cielo no les deslumbraran y no le impidieran mirar claramente la tierra; despues de haber arrojado todos los ídolos y todos los penates de los antiguos sistemas en el movimiento perenne de la idea hegeliana extremada por la izquierda de la escuela; en realidad, cuenta una sola grande obra, que ni le agradece ni le atribuye el comun sentido, la demolición una á una en la conciencia popular de todas las utopías socialistas, levantando sobre las sombras fugitivas y las ruinas pulverizadas de estas utopías, el dogma esencial á la vida moderna, el dogma de la libertad y de la responsabilidad en el hombre.

Pero examinémosle más detenidamente. Besanzon era su patria. Nació á principios del siglo, en modesta cervecería de las afueras;

A.

engendrado por un mozo del establecimiento en una criada, que á guisa de hombre, trabajaba también, como nacida y educada en el campo. Su padre fué vulgar, ordinario; su madre, santa, heroica. Primogénito de este matrimonio, que tuvo cinco hijos, pasó Proudhon su infancia en los establos, conduciendo al pasto los bueyes. El mismo nos ha descrito admirablemente en su libro de la Justicia en la Revolución y en la Iglesia el influjo del campo sobre la vida; las nupcias purísimas del hombre con la tierra; el amor infinito á la naturaleza; la idolatría por los árboles, que nos dan sombra; por las fuentes que embelesan el oído y refrigeran las fáuces; por los prados, que nos ofrecen mullido lecho; por las estrellas que nos guían con sus dulces resplandores; por las áuras que nos renuevan la sangre con sus besos; por toda la campiña, en cuyos húmedos surcos se hunden con santa voluptuosidad las raíces de nuestra existencia, más serena, más segura de sí misma, cuando vuela á su antojo de flor en flor, cuando salta de árbol en árbol, cuando se alimenta de frutas recién cogidas, cuando se baña en el rocío ó en la corriente, cuando caza, y pesca, y ara, y cava, y trilla, y baja á las cavernas á sorprender la escultura de la estalactita por la gota de agua virgen, y sube á las montañas á escuchar la sinfonía de la tempestad, y se revuelca en la arena de la playa ó en la yerba que borda la orilla del torrente, y se confunde con todos los seres, y bebe hasta embriagarse á grandes tragos la esencia de la vida universal.

Su madre tuvo que arrancarlo del campo y conducirlo al colegio. Allí se distinguía por su aplicación sostenida y por su extraordinario aprovechamiento. Concurría diariamente á la biblioteca con puntualidad y devoraba con afán toda clase de obras. Mas su pobreza era tanta, que no podía ni comprar siquiera los libros de texto. Así veíase forzado á copiarlos de su mano y á retenerlos en su memoria con más esmero que el resto de sus

camaradas. Fué necesario buscar al estudiante un auxilio en el trabajo, y le consagraron á la imprenta. En sus últimos años todavía guardaba la libreta del trabajador asalariado llena de buenas notas. Y de esta suerte, regulando renglones y corrigiendo pruebas, se adiestró en el griego, en el latín, y se industrió en el aprendizaje del hebreo. Los padres de la Iglesia habían empezado por ser su lectura forzada, y habían concluido por ser su lectura favorita. Así es que la primera de sus producciones, aquella con que inició su carrera de escritor, pertenece á la filosofía y tiene por objeto probar, estudiando las relaciones de las raíces hebreas con las raíces latinas y griegas, la unidad fundamental en el humano lenguaje. Por fin se mejoró su suerte por haber ganado la pensión de mil quinientos francos anuales que la academia de Besanzon destinaba á los estudiantes de verdaderas aptitudes y de singular aprovechamiento. Con este recurso ya pudo entregarse á sus estudios y á sus escritos, si no con mucha holgura, con verdadera independencia.

Su primera produccion fué una especie de Memoria sobre el descanso dominical, en que, á través de páginas elocuentísimas impregnadas de espíritu religioso, dignas de un predicador sagrado y de los tiempos clásicos, se vislumbraban como relámpagos, ideas socialistas, fundadas en el Decálogo de Moisés, y con sus prescripciones sobre el jubileo y sobre la repartición de las tierras, como si una sociedad tan compleja y complicada como la nuestra, pudiese compararse con la sencilla y patriarcal sociedad descrita en las primeras páginas de la Biblia. El académico, un cura por cierto, consagrado á dar reglamentaria reseña de la Memoria, encarece el ardor de sus estilos, la pureza de su lenguaje, pero recela de la temeridad de sus ideas.

Necesitado de mayor espacio, oprimido por deudas contraídas en la empresa de una imprenta, más oprimido aún por la oficiosidad de la Academia, que á trueque de la mez-

quina pensión se creía con derecho á celar sus actos y sus pensamientos, partióse de su provincia á París, hastiado de un trabajo sin éxito y ansioso de un renombre sin límites. Sobre la boca de aquel cráter de ideas; recibiendo su lumbre que esclarece y su humo que asfixia; lleno el corazón de cóleras más amargas que la hiel de su hígado y la inteligencia de tormentas más ruidosas que la tempestad de sus montañas; desconocido de un mundo que él quería reformar y salvar; menospreciado por sábios, que él quería conocer, discutir, fustigar; circuido de gentes, que cumplían sin su mérito y sin su ciencia destinos á los cuales se estimaba llamado por sus interiores proféticas vocaciones; lleno de los dolores engendrados por un trabajo sin recompensa y airado contra los que gastan y devoran los frutos de la propiedad sin el tormento del trabajo, Proudhon concentró todas sus fuerzas, asoció todas sus ideas, llamó en auxilio suyo todas sus pasiones, y trazó su fulgurante folleto sobre la propiedad, verdadero grito de alarma, verdadera campaña de rebato, que revelaba á Europa dormida en brazos del sensualismo doctrinario, la significación y la trascendencia de las venideras revoluciones.

A Proudhon le hubiera quizá convenido que todo el mundo conociese su Memoria sobre la propiedad, menos la Academia de Besanzon, y le sucedió precisamente lo contrario: solo su embarazosa Academia conoció la Memoria. De aquí innumerables tentativas para quitarle su pensión que estaba á punto de espirar. Vuelto á Besanzon para conjurar estas amenazas académicas, y llamado nuevamente á París por la presencia de un amigo á quien amaba con fervor y consultaba de continuo, regresó andando ochenta leguas á pié, por abrazar á su amigo y departir con él, sin haberlo conseguido, faltando al día de antemano acordado, á causa de forzoso retraso impuesto por las fatigas y penalidades del viage.

En este tiempo dió á la estampa su segunda Memoria sobre la propiedad. Había estudiado, aunque con rápido é improvisado estudio, las ciencias filosóficas, y había contemplado sus leyes universales. Y viendo la armonía que existe entre las leyes del pensamiento y las leyes de la realidad, procuró hacer de la economía política una ciencia tan profunda como las ciencias filosóficas, y de encadenamiento tan seguro y riguroso como el encadenamiento de las ciencias matemáticas. Las leyes naturales del cambio, del crédito, de la producción, del trabajo, de la renta buscaba con verdadero ahinco. En su sentir era un descubrimiento tan grande como el descubrimiento de las leyes del Universo por Keplero, y propio de extraordinaria inteligencia; porque si bien no había llegado á la altura del génio de Keplero y de otros no menos profundos y extraordinarios, por su mérito y por sus fuerzas, podía gloriarse de tener una inteligencia social más elevada, merced á los progresos del espíritu humano y á los torrentes de luz arrojados sobre nosotros por la fuerza creadora de los modernos tiempos. Buscar las leyes naturales de la economía política era el pensamiento capitalísimo del sistema proudhonianiano.

La tercera Memoria sobre la propiedad fué un ataque furioso á los partidarios del falansterio, á los fourieristas; y á los redactores del *Nacional*, á los republicanos. La naturaleza del escritor es naturaleza de polemista. Cuando le contradicen ó le argumentan la sangre le hierva, los ojos se le inyectan de ira; le amargan espumas de negra hiel los labios; su pluma ronca como una fragua de injurias. Los republicanos platónicos y los socialistas de las armonías son perseguidos, asaltados, conspuídos, derribados en las inmundicias de las más soeces polémicas, arrastrados por los cabellos, y puestos en la picota, llamando con ruidosas invectivas y alegres carcajadas al pueblo para que los de-

nueste, los maldiga y los escupa. Tanto escándalo debía concluir por llamar la atención de la prensa y del Gobierno. Su folleto es denunciado, su casa allanada, quinientos ejemplares recogidos, el jurado de su ciudad natal convocado, el clero de su diócesis conmovido y alarmado, la Academia irritada hasta el punto de proponer por medio de su órgano en la prensa contra él diez años de encierro, el fiscal arrastrado á la más terrible cólera y los devotos á los conjuros y á los exorcismos contra aquella alma endemoniada, y los jurados al rigor, cuando el terrible demagogo aparece ante la justicia, con su faz sonrosada y redonda, sus ojos azules, su cabello rubio, su sonrisa beata, su estilo dulce, haciendo reír á unos con su ironía, desarmando á otros con su mansedumbre, y persuadiendo á todos á que le absuelvan por unanimidad en vista de que sus investigaciones son inaccesibles á los entendimientos vulgares y objeto exclusivo de pura é independiente ciencia. En efecto, los jurados se convencen de que han sido inconstantes al incoar aquellos procedimientos, y absuelven el escrito y el autor.

Después de este combate, Proudhon fatigado quiere á toda costa, á toda prisa reposo. Se hunde su alma en las investigaciones filosóficas á la manera que se hundía su cuerpo en la yerba de los campos. Discute con el filósofo Tissot acerca de la escuela crítica. Busca con empeño un modestísimo empleo en el Ayuntamiento de su ciudad que le quite toda zozobra respecto á mañana y le permita consagrarse al trabajo con desinterés y devoción y culto. Mas todas las puertas se cierran á sus llamamientos. Todas las bocas estipendiadas le vomitan injurias á la frente que lleva en sus espacios muchos sofismas pero también muchas ideas. Y él se revuelve airado contra todos, entra en los templos y derriba los ídolos, coge las creencias más arraigadas y las descompone con su análisis, se goza en decir gracias brutales,